

Presentación del libro 'Una sola muerte numerosa' de Nora Strejilevich

Uno de los tantos actos públicos establecidos y consagrados como ritos culturales de la ciudad ha sido la presentación de libros de reciente o inminente publicación. Algunos entienden que estos procedimientos son lisa y llanamente un procedimiento de cálculo del marketing, la denominada promoción editorial. La cuestión entre el autor y el editor, los intereses que intenta suscitar el sello editor ante el público, parecen conspirar al rito de la presentación. Sin embargo, poco y nada se puede hacer contra la venerabilidad de este ritual en sus inmediaciones: el llamado contacto del autor y sus lectores.

Por ello, es poco probable que se presente un libro como este que ha sido publicado ya hace años y que se efectúe una nueva presentación con meros fines editoriales. En verdad esta es una re - presentación sin otras intenciones que constituirlo en un acto más de los que tienen lugar en todos estos días.

Entonces, en esta re-presentación todos sabemos que se trata de una evocación no del libro en sí mismo, ni sus estilos, sus espesores o asfixias, sino dentro de su tiempo, de un acto literario que se trasciende a sí mismo en el marco epocal que lo traza como un doloroso botón de muestra de la ignominia que aun nos habita.

Esta como toda presentación debe cumplir al menos la consigna estandar de escenificar un acontecimiento en donde tiene lugar un triple encuentro, entre el "autor", ciertos "comentadores" de contenidos del texto, y un "público".

En ciertas circunstancias, la presencia del autor puede tener diversas características, muchas de las cuales son en ausencia pero este no es el caso, nuestra autora está aquí con nosotros. Precisamente, este es un recordatorio de su texto y es una charla con ella porque, precisamente por esos aciagos acontecimientos, desde esos tiempos no vive en esta ciudad y sus ritos. Por otra parte, es indispensable la asistencia

del cuerpo presente del público, por lo general silente aunque posiblemente dialogante. Es propicio que este rito tenga informalidad que no está reñida con un poco de solemnidad. Los asistentes, aun en sus conocimientos y desconocimientos, devienen el "auditorio". Entonces ¿qué se puede decir del "público"? Este texto me auxilia, "público" es un puesta ante los ojos abiertos, visibles, no tabicados. El "público" es el anticipo potencial del lector prometido. Definición, público es "*una sola presencia numerosa*".

Auspiciante convocado a esta ceremonia, el autor se expone, expone su escritura ante un coro silente pero expectante, es que el texto ya no le pertenece y no debe cometer, no puede pronunciar *ni una sola palabra articulada, ni una sola palabra numerosa*.

Entonces, y para enhebrar algunas palabras entre autora y público, debo ampararme aquí en los conocidos ritualismos del comentarista. No obstante, no se trata de comentar un libro cuya lectura muchos conocemos, y que la autora sabe lo que uno piensa y que el público al menos lo supone.

Asumo que este encuentro es otro recordatorio más en estos tiempos, pero existe otra enorme posibilidad, que se reactualicen las lecturas vividas y que han sedimentado y que se inaugure, se invite a sus relecturas, otros actos por venir como lectura.

Proponemos aquí y ahora, un cruce entre escritura y lectura, como el de allá y entonces.

El lector testimonia su acto y da prueba del mismo cuando es intérprete y no puro memorista, una inquietante hermenéutica es aquella que se da cabida al lector cuyo autor autoriza cierta infidelidad, incluso admite la circunstancia de un tipo de lector traidor de lecturas. Creo conocer de este texto el plano cenagoso de términos tales como infidelidad y más aún, traición. Pero frente a lo irre recuperable, no es posible abdicar de las palabras. Por eso, me animo a señalar que este acto de presentación también puede ser entendido como un teatro de

operaciones, un enfrentamiento entre dos héroes o, lo que es lo mismo, entre dos traidores.

A esa dramática se agregan ritos épicos que vislumbran una promesa, la de *un libro solo y que se publica, y que por ello se torna numeroso, un solo libro numeroso*.

La lectura lleva consigo ciertos requisitos de obediencia. Dijimos traición, pero leer constituye además algún modo obedecer.

Traición y obediencia, palabras quemantes en este libro. No falta el autor que reconoce a su texto como un alegato o algo así como una confesión. Pero no es el caso cuando concierne a las heridas de quienes han sido objeto de alegatos brutales, confesiones forzada, degradadas, degeneradas.

En este texto comprobamos una libertad de escritura acerca de la servidumbre vivida.

Traidor, obediente, también el lector es una víctima, propiciada por los actos aberrantes a que someten el objeto mismo del texto. Por eso hay libros que duelen, nada prometen sino cierta solidaridad, una amistad.

La propia batalla por la libertad de expresión también condensa, en el espejismo de sus escenarios de presentación, una invocatoria a la traición. Bien se sabe que no existe la pura fidelidad y se sabe que una escritura presupone otra lectura pero al mismo tiempo se hace evidente la intencionalidad e incluso hasta la mendacidad constitutivas de una traición.

Veamos, por caso, unos textos cuyos autores no representan sino a una época histórica o una gesta política que reclaman para sí los tiempos de una *sola y única interpretación entre la numerosidad de la lectura*.

Se trata, por ejemplo, de los Códigos, digamos el Código de Hamurabi o los Diez Mandamientos, el Antiguo o nuevo Testamento, o más cerca nuestro, la Carta de la Naciones Unidas. También nos incumbe y nos laceran las órdenes secretas para la persecución y aniquilamiento de

la subversión promulgada por la dictadura militar. El Código debe ser tan taxativo como sea posible, especialmente para la unilateralidad de la interpretación dadora de orientación a la acción. No obstante, siempre ha ocurrido que la interpretación única siempre se hecho incontrolable, inmanejable y es inevitable que se disemine con esa misma numerosidad. *Una sola orden numerosa.*

La consigna "aniquilamiento de la subversión" es definitiva, y no obstante múltiplemente única, el eufemismo reviste una laxitud semántica indispensable para incluir en los destinatarios hasta las mujeres embarazadas, los niños, los tímidos, los indiferentes, etc. pero que por el contrario la torna inflexible y de cumplimiento efectivo. La prueba de equivocidad significativa de la idea de subversión y la prontitud de todo acto de aniquilamiento, están a la vista, una vista que lleva no menos de 30 años. Este es uno de los leit-motiv de este libro y posiblemente el de esta presentación.

Un decreto no solo habilita y autoriza una interpretación nominal según el caso que se trate sino que, ante la duda interpretativa, el léxico del decreto es estricto. Si un código que posee resquicios de indulgencia como los que se cuentan en el libro, es asimismo una amenaza de aniquilamiento para los propios verdugos. Esto cuenta el libro, también de torturadores buenos pero que cumplen órdenes. Aniquilador aniquilado, quien pretenda distribuir algunos consuelos digamos cristianos, habrá pasado a las filas de los subversivos verdugueados.

Pero, aun hoy son indispensables los códigos. Acordamos que el código principal convenido es el constitucional, que infiere las normas primarias de convivencia. Son normas que tienen autor, el denominado "legislador" con vocación de univocidad pero siempre al filo de convertirse en unilateralidad, porque existe en ellos el axioma de *una sola vida ciudadana numerosa*. De todos modos, aquello en que el autor legislador retraduce lo pactado, lo solemne que se ha promulgado es simultáneamente respondido con mil lecturas en no menos cantidades de

productos retóricos, del discurso al libelo, de la charla al impropio, incluso puede traducirse en riña o escupitajo.

No es incorrecto, aludir también a un aniquilamiento semántico, interpretativo, hermenéutico... pero por otros medios, por la vía de la palabra escrita o proferida.

Existen *muchas otras solas cosas también numerosas*, como en extramuros de las beligerancias mundanas. Y es posible que estos parajes puedan ser denominados "poesía".

Hay escrituras e intencionalidades, sentimientos y razones acerca de un espacio y un tiempo de encuentros violentos, no importa si amorosos u odiosos, encuentros que dejan la huella de un pasaje en el que se puede o se quiere -aun cuando no se pueda ni se quiera- efectuar una transmisión con destinatario. La poesía es como *Una sola escritura numerosa* que no se preocupa demasiado por la ambigüedad sintáctica ni la lealtad semántica.

Algo de todo esto acontece en este libro. Aquí comprobamos que la autora propone una intercesión temporal que va y viene, que corre y se detiene, que se concentra y que se fuga. Por eso, no será un atrevimiento el trocar el itinerario temporal instituido en el texto. Disponemos aquí de algunas páginas, más bien estrofas intercaladas entre otras, las de una niña que evoca las cantilenas infantiles. Es presumible que sean evocaciones de su propia niñez y la de su hermano, de otros tiempos y otras realidades conjuntas, algunas tibiezas y algunas pocas palabras mansas.

Luego llegan las experiencias de los tiempos juveniles, de los ya no más infantiles hasta las casi todavía no adultos. Tiempos de pasaje y tránsito, esos que los capitanes de la interpretación denominan "adolescencia".

Luego el libro transita por los tiempos de las militancias varias, empeños con diferentes convicciones, escaramuzas de aula, gratuidades

escolares y que después alcanzan ensayos solidarios, más expuestos, y hasta un poco más pertrechados.

Luego, irrumpe el incontenible deseo de protagonizar un rol en el teatro de la humanidad y que el sótano de lo inhumano nacional desmanteló y condujo al chupadero.

Club Atlético.

La autora se corre de escena. No por cierto para ser espectador sino para ofrecer, ofrendar su protagonismo. Es como *una sola numerosa generosidad* deja su espacio a *un solo y numeroso protagonista*, Gerardo.

Gerardo es el actor cuya presencia está desaparecida. Es el protagonista que no aparece en escena o, mejor dicho, aparece en su desaparición por medio de quien suplica poder ser al menos un testigo.

Y vinieron esos otros tiempos, y siguieron los exilios y desexilios, los mismos rostros propios con acentos ajenos, y la interminable búsqueda sin rastro del desaparecido.

Este libro no parece un texto de añoranzas, tiene mas bien la coloratura del testimonio, aunque es posible que no haya dispuesto más que la forma testimonial para hacer memoria. Memoria, veamos un poco esto de lo que hoy se habla mucho.

De una manera al parecer incidental la autora afirma que olvidar no es lo mismo que no tener memoria. A la memoria se la tiene y cuando no se la tiene es porque ha sido perdida, arrebatada, quebrada. La memoria falta cuando existen otros actos precisos que se la chupan.

Este libro recuerda, hace memoria aunque su densidad convoca al olvido, que no es lo mismo que la memoria, porque lo olvidable / inolvidable no requiere de muchas luces mnemotécnicas. Es el propio olvido el sujeto, es el olvido quien nos convoca, nos necesita para ser olvidados, y más aun, probablemente sea el olvido quien nos posee a nosotros.

Entre memoria y olvido, una vez más se muestra el antagonismo entre tener y ser. La autora lo sabe muy bien.

Ahora bien, es necesario que una escritura no se agolpe, que no haya un golpe de escritura en la sucesión de acontecimientos, quienes escriben y quienes leen pueden ofrecerse como escribientes de algo que preferirían no haber escrito nunca, nunca más.

Gerardo no está, sin embargo es convocado por la autora quien nos invita a departir el libro con él.

Aquí, en la última salida a escena, el actor principal que sigue desaparecido exige la presencia, trágica sí, de la autora.

Autor y protagonista son una unidad tal que no son dos, que no se enumera, ellos se multiplican. Al cabo del itinerario ella reaparece, pero finalmente devenida escritor fantasma, lleno de fantasmas, un solo ghost writer numeroso.

Aquí tengo la ocasión, dentro de los treinta años de recuerdo, convocar al misterio de los fantasmas que asaltan cortes y retazos de palabras, y expanden cenizas con estos balbuceos.

Los de Nora Strejilevich son como los de *una sola vida animada por una sola muerte numerosa*.